

# NOTAS CRÍTICAS

## Episcopologios de la diócesis de Pamplona

Da cuenta el P. Pérez Goyena (1) en breves palabras de los episcopologios y simples catálogos de obispos de la Diócesis de Pamplona, tanto impresos como manuscritos. Es un resumen eruditísimo y de gran utilidad, pues a cada descripción acompañan breves observaciones críticas.

He aquí los reseñados *Episcopologios*: Garibay ("Compendio historial", 1571), Sandoval ("Catálogo de los Obispos", 1614), Argaiiz ("La soledad laureada", II, 1635), Moret y Aleson (Anales del Reyno de Navarra". 1684-1715), Risco ("España Sagrada", tomo XXXII, preliminares para hacer la historia de la Iglesia de Pamplona; no es episcopologio), Fernández Pérez (Historia de la Iglesia y Obispos de Pamplona", 3 vols, 1820), Arigita. que en realidad redactó tres episcopologios: el de la "Geografía General del País Vasco-Navarro (t. I, cap. VII). la "Series Cronológica" (1901) y un Memorandum en el Boletín Oficial Eclesiástico (1905). y finalmente don José Gavira, que en sus "Estudios sobre la Iglesia Española medieval, episcopologios de Sedes navarro-aragonesas durante los siglos XI y XII" (1929), rehace el catálogo de sus obispos en esas dos centurias. *Catálogos de Prelados*: En el "Diccionario Geográfico-histórico de España, por la Real Academia de la Historia. Sección b", tomo II (1802); Ochoa, en su "Diccionario Geográfico-histórico de Navarra (1842); Madoz, en su "Diccionario Geográfico-estadístico-histórico de España", tomo XII (1846); en las "Estadísticas del Obispado de Pamplona", años. 1865, 1866, 1872, 1879, 1884, 1904, 1924 se incluye la serie de los obispos iruñeses; en Soraluze, "Historia General de Guipúzcoa", tomo I (1870); Gams, Series episcoporum" (1873): Labayru. "Historia General del Señorío de Bizcaya". tomo I (1895); Subirana, "Anuario Eclesiástico" (1931). *Episcopologios manuscritos*: Ignacio Audueza. "Vida de San Saturnino y San Fermín" (1607 y 1656): Fermín de Lubian y Sos, "Relación de la Santa Iglesia de Pamplona y de la Provincia Burgense" (1730); copia del mismo, con adiciones en un libro en fol. de "Varios" de la Biblioteca del Cabildo (29 fols.); una relación más, debida al Dr. don Josef Xavier Rodríguez de Arellano, que se conserva en el Archivo de la parroquia de San Cernin (1740); don Miguel José Mariano Irigoyen. "Continuación del Catálogo de los SS. Obispos de Pamplona" (1852), y otros modernos de escaso interés.

## Retroceso del vascuence

En la entrega correspondiente al tomo XVI, cuadernos I y II del año co-

(1) Pérez Goyena, A. Episcopologios de la Diócesis de Pamplona. (Estudios Eclesiásticos, Año 1942. Vol. 16. Pags. 55-72.).

mente, de la "Revista Atlantis" (1), aparece un trabajo titulado "Retrosceso del Vasconce". de don Julio Caro Barcia. Dada la extensión y la índole del mismo creemos de interés hacer una sucinta reseña, pues las 27 páginas de él constituyen mucho más que un artículo corriente.

El conocido etnólogo y sesudo escritor hace una exposición metódica de la extensión del habla vascongada en los distintos períodos históricos, desde la Edad Media hasta nuestros días, incluso una breve incursión retrospectiva, llevándonos a la carta geográfica de Ptolomeo.

Hace una aportación detallada (sazonada de inapreciables comentarios) de las noticias de los principales autores que han publicado sobre el tema; suscitando sugerencias y nuevos problemas al especialista: finalizando con una concisa y clara *mise au point* del estado actual del oscuro problema del vasco-iberismo.

Acompañan al texto una porción de croquis de ejecución diestra, representando el País Vascongado y adyacentes, ya en los tiempos de Ptolomeo, en la Edad Media, y siglos XVI, XVIII y XIX, marcando las zonas de extensión del idioma vascongado, que, salvo excepción, no pueden considerarse más que por aproximación. Gracias a estos mapas puede el lector seguir el trabajo con comodidad: aunque a veces, en las largas enumeraciones de pueblos, sea precisa la ayuda de un mapa del País de más detalle.

Se detiene el autor con más espacio en los trabajos del Príncipe L. L. Bonaparte, reputados óptimos por los críticos; este lingüista, autoridad en la materia, recorrió el País Vascongado repetidas veces, culminando estas excursiones con la publicación de su celebrado mapa a varias tintas, que representan los distintos dialectos, correspondiendo el diferente tono de cada tinta a la mayor o menor cantidad de vascófonos allí localizados; está editado en 1863, por Stanford, Londres; y se puede ver que aún entonces se oía hablar esa lengua en Puente la Reina.

El autor trae una reseña completa de los pueblos de la divisoria lingüística de la época, así como otros aspectos entresacados del mapa citado. Luego enumera los pueblos extremos del Vasconce en otras épocas (siglos XVI, XVIII y XX) entresacados de documentos publicados por otros autores (Munárriz, Urtasun, Barandiarán, etc.), pero estas líneas divisorias son aproximadas y no pueden pretender tener la garantía científica del mapa de Bonaparte.

Un aspecto sugestivo que toca en su trabajo el documentado Vicesecretario de la Sociedad Española de Antropología, es el relativo al Vasconce hablado en Rioja y Burgos en la Edad Media; cita el testimonio de Morial, ya conocido, y los trabajos de toponimia de Merino Urrutia: acompaña un croquis de la región.

Apunta el Sr. Caro Baroja la no correspondencia de los dialectos del Vasconce con las demarcaciones políticas y hace resaltar la coincidencia de aquéllos con las separaciones tribales de los geógrafos de la Antigüedad. Sin embargo, no se puede olvidar la influencia grande que las divisiones de administración eclesiástica pudieron ejercer en la formación o estabilización de los dialectos en la Edad Media, como se ve en la zona de Oyarzun-Fuenterrabía, que perteneció al Obispado de Bayona hasta 1567. Fenómenos similares han observado los filó-

(1) Atlantes. Actas y Memorias de U Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria y Museo Etnológico Nacional, pAgs. 35-CC

## Notas críticas

logos en la demarcación del dialecto franco-provenzal (Vienne) y en algunos poblados del límite de la diócesis de Chur (Suiza).

Para terminar, hace el autor sus reservas en cuanto a la lectura (recientemente publicada) en un vaso ibérico, de la frase "*gudua deitzdea*", que tanta sorpresa causó en el mundillo de la ciencia de Prehistoria. Aparte la dudosa originalidad de la frase, tampoco puede rechazarse por extraña al espíritu del idioma vascongado. Con una crítica sazónada de juicioso escepticismo, abre el autor unas interrogantes en el oscuro capítulo del vasco-iberismo, siempre fecundo en problemas apasionantes para los estudiosos de la prehistoria de nuestra península.—J. M.<sup>a</sup> L.

### El Doctor Navarro (1)

Nuestro eximio Doctor Navarro, don Martín de Azpilcueta, el canonista celeberrimo del siglo XVI, ya no parece tan eximio ni tan celeberrimo. Aquella figura suya, tan decorada de magníficos elogios, que conocimos en el trabajado retablo de Arigita, no es la figura de los oros relucientes y la universal aureola de sabio (2). ¿Se excedió Arigita en las ponderaciones de su biografiado? El Padre López Ortiz, reconoce que "las líneas fundamentales de la biografía" quedan "claras y sólidas" (pag. 272), pero que "no fué preocupación de Arigita profundizar en el estudio de la significación científica de su biografiado ni menos analizar su peculiaridad en la construcción jurídica" (ibid.) Esto es lo que hace el P. López Ortiz en su estudio de "La Ciudad de Dios". Del cual resulta que el Dr. Navarro más que canonista, fué un moralista: sin grandes vuelos especulativos, su afición es el caso concreto. "Para Azpilcueta —y esto es la solera de su canonismo— opinión segura es la que se apoya en un texto" (pág. 295). No fué un teorizante: su doctrina se transforma en práctica. En ciencia jurista "le supera infinitamente Covarrubias, su mismo contradictor Sarmiento y tantos otros de nuestro siglo XVI" (pag. 301). En la disciplina de su competencia, no fué un renovador, como lo fué Vitoria en Teología: "su adhesión incondicional a los métodos tradicionales, su espíritu templado y conservador, no eran lo más adecuado para infundirle una vocación renovadora, para la que, por otra parte, le hubieran faltado alientos" (pág. 274). Esto por lo que atañe a sus rasgos intelectuales. Como carácter, tuvo la ingenuidad de un niño (pág. 284) y "no era insensible al incienso de la admiración" (pág. 273). Lo que ha movido al P. López Ortiz a este estudio fué el texto de una carta del Dr. Navarro en la que éste, con el ejemplo del P. Vitoria, se defiende contra los que le inculparon el haber introducido en España doctrinas forasteras: el sentido escueto de la carta, en esas líneas, es este: "yo traje de Tolosa de Francia la ciencia sólida y utilísima del Derecho Pontificio, como, después de mí, el P. Vitoria trajo de París de la misma Francia la sólida y utilísima Teología". Con ser tan diáfano de interpretación

(1) Un canonista español del siglo XVI, el Doctor navarro, don Martín de Azpilcueta, por el Padre José López Ortiz "La Ciudad de Dios". Año 57, Vol. CLIII. Núm. 2. 1941. Págs 271-301. —

(2) "El Doctor navarro, don Martín de Azpilcueta, y sus obras Estudio historico-crítico", por el Doctor don Mariano Arigita y Lasa. Pamplona MDCCCXCV.

## Notas críticas

este texto, el P. Getino (3) lo interpreta como ambiciosa pretensión del Dr. Navarro de parearse con el P. Vitoria. Otros aspectos muy interesantes toca el Padre López Ortiz en su estudio sobre el Doctor Navarro: su opinión política respecto a la conquista de Navarra; su pretendido erasmismo, sostenido recientemente por Batéllón (4); sus relaciones con Felipe II, etc. etc: No cabe hablar de ellos en una breve nota. Quizás el P. López Ortiz ha tomado demasiada materia para tratarla en el espacio de un artículo de revista, lo que no le impide enjuiciar esos momentos de la vida del Dr. Navarro, con fina agudeza y con muy objetiva imparcialidad. Mucho nos duele esta severísima criba de los elogios que, universalmente se tributaron al Dr. Navarro y aunque admitimos que pudo cegarle un poco a Arigita su cariño al biografiado, nos consuela pensar que el P. López Ortiz, en el enfoque de esta lejana figura, radiosa de prestigio, ha operado más con la sensibilidad de nuestra época que con la de la época del Doctor navarro.—E. E.

### Iñigo de Loyola, capitán español y el Castillo de Pamplona<sup>(1)</sup>

San Ignacio de Loyola, siendo capitán español en sus años mozos, defendió con impetuoso coraje y frente a un enemigo poderoso, la fortaleza de Pamplona, en el repetido intento del año 1521, de restablecer en Navarra la dinastía de los Albret. En la defensa cayó herido para levantarse Capitán esforzado de Cristo e instituir la ínclita Compañía de Jesús. En aquel sitio memorable de la "Cañda" se levantó una Real Basílica, dedicada a esa conmemoración. Y dice, en el prologo de la obra, el P. Ascunce: "Por desgracia, no hace mucho tiempo que esa preciosa reliquia fué removida de sus seculares cimientos. ¿Quién nos dice que en otra ocasión no desaparecerá el resto de lo que aún queda de la histórica Real Basílica"? Pues he ahí el motivo de la presente obra: "en ella exponemos —añade— la escena histórica en que se desenvuelve la vida militar del Santo. He aquí por qué venimos a rehacer el castillo que él defendió". Veintitrés capítulos integran el desarrollo de este propósito, desde unas sucintas nociones sobre los aborígenes del Reino que pasa a ser "herencia de una dinastía francesa", hasta nuestros tiempos en que don Víctor Pradera, mártir de Dios y de España, escribió á don Alfonso de Borbón interesándole por esta Basílica, en 20 de julio de 1927. ante la inminencia del riesgo que corría el monumento. En 1601 se levantó el primer monumento en honor a San Ignacio. En 1667 se hace una colecta para convertirlo en capilla. En 1694 se inaugura la Basílica con toda solemnidad. El Padre Ascunce va puntualizando todas las fases de un larguísimo proceso sobre el terreno de esta Basílica y demás accesorios y sus vicisitudes. La obra está documentadísima, más se presta a apasionada polémica que el escoliasta la elude

(3) "El Maestro Fr. Francisco de Vitoria y el Renacimiento Teológico del siglo XVI". Madrid, 1914.

(4) "Erasmé et l'Espagne. Recherches sur l'Histoire spirituelle du XVI siecle. París, 1937

(1) "Iñigo de Loyola, capitán español, y el castillo de Pamplona", por el R. P. Enrique Ascunce, de la Compañía de Jesús Prólogo del General Millán Astray. Edición Afrodisio Aguado. Barquillo, 4, Madrid. 226 págs. con láminas y gráficos.

## Notas críticas

cautelosa y cuidadosamente. Pide el P. Ascunce, y no le falta razón, que pues ha desaparecido de su lugar la lápida con la inscripción señalando el sitio en el que cayó San Ignacio, "se ponga en el suelo, en el lugar correspondiente, una lápida que sustituya" a la anterior. Lo cierto es —y el hecho no es nada honorífico— que la Basílica del Santo, con simbolizar tan extraordinaria efeméride, está hoy como al margen de toda devoción, conmemoración y publicidad.—E. E.

## Algunos mitos españoles

Nuestro Bidasoa, río de truchas y de contrabandistas, es un río de *lamias* legendarias. Las viejas *etxecoandres* desde Arizcun a Vera siguen creyendo en la existencia de unos seres fantásticos a los que llaman *lamiñak*, especie de sirenas fluviales de dorados cabellos, que no hacen daño a nadie y que, sentadas en las peñas del río o ante las cuevas donde guardan fabulosas riquezas, pasan su vida peinándose con peine de oro y mirándose en un espejo...

Las mismas viejas que os refieren cómo una abuela suya vió una lamia en tal o cual rincón del río, cuando están a la lumbre en noches de tormenta, en el momento en que el huracán aúlla más horrorosamente y una racha de lluvia helada bate con furia las ventanas del caserío, dicen como una imprecación:

*¡Abade chacurra!* (¡Ya andan ahí los perros del cura!)

Es el resabio de otra vieja leyenda vasca: Un cura, cazador acérrimo, estando celebrando misa, oyó fuertes ladridos fuera de la iglesia. "Mis perros andan con la liebre" —se dijo. Y despojándose de la casulla, salió en busca de su escopeta y se echó al monte.

Desde entonces se ve condenado a correr y correr tras de la liebre, eternamente, en unión de sus perros cuyos aullidos suenan, envueltos en los torbellinos de la borrasca, en las noches de temporal.

Julio Caro Baroja ha recogido ambas leyendas en su casa de Vera, a las orillas del Bidasoa, y en su reciente libro "Algunos mitos españoles" (1) dedica a su análisis los primeros capítulos de la obra.



(1) Julio Caro Baroja. "Algunos mitos españoles" Ensayos de mitología popular. Editora nacional Madrid 1941

Dije al análisis porque Caro Baroja no se reduce a coleccionar. No es él ni un literato ni un folklorista, sino algo más que todo esto: un investigador, un erudito que emplea en sus estudios sobre folklore aquella "rigurosa sistematización" que aconseja Frankowski para esta clase de trabajos.

El autor, tras de anotar el tema legendario en todas sus variantes, agrupa éstas y las descompone hasta encontrar los elementos que les son comunes para buscarles, luego, el abolengo y averiguar por fin, qué hay en ellos de mito originario y qué de añadidura o interferencia posteriores.

El folklore queda, pues, reducido a fórmulas y esquemas a través de un análisis, tan sistemático y erudito, que más parece un análisis químico.

Y así vemos cómo los vascos tomaron el nombre y algunas ideas relativas a las lamias de los latinos, quienes a su vez, heredaron el mito de los griegos. Es el mito de Lamia, reina de Libia, amante de Zeus que, furiosa de haber perdido trágicamente su descendencia, se convierte en mujer cruel que roba y mata a los hijos de las demás mujeres.

De esta Lamia, monstruosa y feroz, hablan ya en sus comedias Eurípides y Aristófanes. Los pintores de vasos griegos la dibujan en forma de sirena, y las madres (siglos antes de Cristo) empleaban su odioso nombre para asustar a sus pequeñuelos.

Nietas de aquella Furia vesánica son esas dulces lamias rubias, mezcla de niña y de salmón, que se siguen peinando en los peñascos del Bidasoa y cuyo pálido recuerdo pervive aún en muchos nombres toponímicos de nuestra Montaña: Lamiano (Labiano), Lamixain (en Arano), Lamiarrieta (en Madoz), Lamierita (en Arizcun). Lamien-Lecea (en Zugarramurdi).

La leyenda del cazados errante tiene, en cambio, el origen germánico que le asignó Menéndez y Pelayo. Es el mito de Odín, dios de las almas, que cruza el aire seguido de un cortejo de espíritus.

Los celtas sustituyen a Odín por el famoso Rey Artús; los suletinos por el Rey Salomón, y los vascos por el Cazador negro (eiztaribeltza) y el Cazador errante (Mateo-txistu y el Abade-txacurra).

Pero en el resto de los casos el ascendiente, de las leyendas vascas es helénico. La mayor parte de las fábulas griegas las hallamos, con pocas variaciones, en narraciones vascongadas. Así el Polifemo (entre los vascos Tártalo y Tragantúa), los Trabajos de Hércules y el Vellochino de Oro, los amores de Hero y Leandro y la fábula de Dejarira.

Del estudio de estos temas del folklore vasco-navarro, pasa el autor al de los *duendes*. "Los duendes en la literatura clásica española", se titula el capítulo.

No faltan en España gentes rústicas que sigan hoy creyendo en *duendes*, *trascos* y folletos. Las tales gentes, a decir verdad, constituyen una insignificante minoría.

Sin embargo, hace cuatro siglos, los duendes eran objeto de preocupación en las esferas intelectuales. Los graves eruditos, los enfáticos jurisconsultos, los sedudos teólogos creían seriamente en su existencia y exprimían su ingenio para definir su entidad y naturaleza.

La mayoría se inclinaba a considerarlos como demonios de infima categoría, especie de diablillos veniales.

Mas todos coinciden en describirlos como a seres minúsculos que habitan en

los sótanos y desvanes de los caserones deshabitados y en los demás lugares lóbregos.

Estos duendecillos se sienten en las casas; no son dañinos, sino traviesos y juguetones. Quitan y ponen platos, toran chinitas, juegan a los bolos, arrojan piedras por los tejados, arman ruidos, mueven tumultos y cometen infinidad de fechorías.

Tienen figura humana y suelen ir vestidos con hábitos de fraile (de esta forma los dibujaba Goya en sus aguafuertes). Hacen visajes, bailan y fraguan mil visiones y engaños para atemorizar o embromar a las personas. En ocasiones su poder maléfico llega al extremo de mover tempestades y desatar vientos y granizadas.

Son muy aficionados a los niños, ante los cuales muestran siempre un semblante regocijado, y se encariñan, sobretodo, con los caballos a los que cuidan, peinan y almohazan con la mayor solicitud. Se dice que guardan fingidos tesoros, los que al ser tocados por mano de hombre se convierten en carbones y que tienen una mano de hierro y otra de estopa, aunque esto más parece metáfora alusiva a que unas veces pegan fuerte y otras muy suavemente.

No falta quien les haya oído hablar y decirse: "¿No nos mudamos?".

Como se ve, la creencia en los duendes tenía mucha difusión y arraigo. Tanto es así que ya en el siglo XVI era práctica forense en Castilla que "si una persona iba a habitar una casa y luego se enteraba de que en ella había duendes, podía abandonarla".

La literatura y el teatro de nuestro Siglo de Oro están llenos de alusiones a estos seres bromistas y minúsculos. Lope y Tirso hablan de ellos y Calderón en "La Dama duende" contribuyó a descreditarlos, a pesar de lo cual la creencia en los duendes seguía siendo patrimonio de las gentes ignoras.

Julio Caro se ocupa con bastante extensión del tan famoso libro "El Ente dilucidado" que en 1676 publicó el Padre Fuentelapeña. El cual, a través de cien cuestiones, instancias, objeciones, subsecciones y dudas, pretende demostrar **que** el duende no es demonio y que "no es otra cosa que un animal invisible *secundum quid*, o casi invisible, trasteador". Según este fantástico fraile los duendes "se engendran con la corrupción de los vapores gruesos que existen en los lugares lóbregos y en los caserones".

Caro Baroja podía haber hecho mención de aquel pasaje del "Examen de Ingenios" (capítulo VII de la edición de 1575) donde, hablando de esta materia, dice el doctor navarro:

"Véese esto claramente por experiencia: que en siendo una casa grande, oscura, sucia, hedionda, triste y sin moradores que la habiten, luego acuden duendes a ella; y si la limpian y abren ventanas para que le entre el sol y claridad, luego se van, especialmente si la habitan muchas gentes y hay en ella regocijos y pasatiempos y tocan muchos instrumentos de música".

Como podía haber citado (y no lo veo en la bibliografía) el último ejemplar de esa literatura fantástico-erudita que pusieron de moda Torquemada, con su "Jardín de flores curiosas" (1570) y el ya citado Fuentelapeña.

Me refiero al curiosísimo libro titulado "Conversaciones Instructivas entre el Padre Fray Bertoldo, Capuchino y Don Terencio..." que el año 1786 (medio siglo después de publicarse el "Teatro Crítico" de Feijóo) sacó a luz en Pamplona el Padre Fray Francisco de Los Arcos.

En él su autor recoge todas las cosas inauditas acaecidas en el mundo; habla de monstruos, hombres-peces y meteoros espantables, de fuentes que han manado sangre y hombres que han dado a luz, de una mujer a la que le cortaron un cuerno enorme y de un pastor en cuyo vientre florecía un espino, y trata (no podía por menos) de los duendes.

El Padre Los Arcos resume cuanto se ha escrito acerca de ellos y estudiando la entidad de los mismos concluye que "son animales corpóreos; y así son vivientes y sensitivos... y suponiendo que ordinariamente se sienten y tienen su primer ser en caserones deshabitados... se infiere que son animales engendrados de la corrupción de los vapores gruesos, que en semejantes lugares hay por falta de habitación, lumbre y comercio, que purifiquen el aire".

La obra de nuestro capuchino fué recibida en su época con risa y algazara; motivó acerbas críticas (la de Tomás de Iriarte entre otras) y calurosas apologías, para acabar en manos de la Inquisición que la puso en el índice "porque daba lugar a que las gentes ridiculizasen la religión cristiana" (Edicto 24 de mayo 1789). Debido a esto, la obra se hizo rara. José María Azcona posee un ejemplar (que me prestó) quizás el único existente en Navarra.

Volviendo al libro de Julio Caro, al tratado sobre los duendes, sigue una "Nota sobre el mito de Psiquis". donde somete a análisis dos cuentos, uno extremeño y otro marroquí, relacionados en muchos puntos con la sabrosa leyenda helénica que nos legó Apuleyo y que tanto influjo ha ejercido a través de todas las épocas.

"La creencia en hombres marinos" y la historia del Hombre-Pez de Liérganes, recogida y (lo que es más extraño) acogida por el Padre Feijóo, es considerada como procedente de un ciclo de narraciones donde la conversión de los hombres en peces tiene por base la idea de un castigo o de una maldición.

Termina la obra con un estudio acerca del famoso *Canto de Lelo*. El autor, sin proponerse resolver cuestión tan discutida y embrollada, se arrima a los que creen que se trata de un canto falsificado todo él. excepto el estribillo, cuya antigüedad es evidente y cuya significación, aun no aclarada, alude a un héroe o Dios muerto en trágicas circunstancias.

#### X\_\_\_\_\_

Este libro de Julio Caro, por lo sugestivo de sus temas, por el riguroso científismo que lo preside y por lo copioso de su bibliografía constituye una obra maestra, llamada a ocupar lugar de honor en las bibliotecas de los aficionados a estas disciplinas y a marcar rumbos nuevos a la investigación folklórica española.— José M.<sup>a</sup> IRIBARREN.

## La Historia de la Teología de Grabmann

Bien podemos decir que es obra de uso indispensable, en la actual circunstancia de la cultura española, la "Historia de la Teología Católica" del profesor de la Universidad de Munich Martin Grabmann y cuya versión española debemos al agustino P. David Gutiérrez. Dice el autor en el prólogo que el origen de esta obra data de una indicación del cardenal Ehrle al editor Herder para que editase en volumen separado la exposición de la teología católica del Manual de Dogmática de Scheeben. En la mente del cardenal era seguramente una preocupación



la falta de una historia de teología; para ello estimó necesario arrancar de Scheeben que podía ofrecer un diseño. Grabmann pudo asumir la enorme tarea, colmada de dificultades, de poder convertir en lograda realidad una legítima ambición de la cultura, cual era la de la primera Historia de la Teología católica. La cual no era posible escribirla sin pasar por España, zona de floración opulenta en la Ciencia divina. Cómo el ilustre autor extranjero lo comprendió así, nos lo dice el sabio traductor en estas palabras: "no es fácil hallar otra obra de carácter general, como esta y escrita por autor extranjero, en la que se aprecian con tanto conocimiento y admiración los méritos de nuestros antepasados".

Tres partes abarca esta Historia: se estudia en la primera la teología de la Edad Media; en la segunda la de la edad moderna, desde el Concilio de Trento hasta el XIX y en la tercera la de los siglos XIX y XX. Claro que cada una de estas partes se subdivide en sus periodos respectivos, que aparecen como las articulaciones de un desarrollo científico-histórico admirablemente expuesto. Y no en mera exposición monótona, sino señalando todos los relieves de cada período, sus grados de crecimiento y decadencia, conexiones o desviaciones entre uno y otro período, figuras destacadas, escuelas, sistemas, etc. etc., lo que supone un caudal poderoso de conocimientos en todas las disciplinas teológicas. Basta repasar el índice para percatarse del grado de matización a que llega Grabmann en la ordenación de esta copiosa, compleja y dispersa materia teológica que por primera vez sale de sus manos expertísimas, con maravillosos arreos científicos, sistematizada en cuerpo vivo, y vistoso y homogéneo, de Historia. Los dos primeros capítulos que anteceden a la parte primera, fuentes y bibliografía, importancia fundamental de la Patrística en la teología de la Edad Media y las setenta y tantas páginas que dedica a la Bibliografía especial de la historia de la teología forman el exponente —que asusta— del profundo valor crítico de esta obra. Ya dice el autor que "se ha dedicado asiduamente durante varios decenios a estudiar las obras y a exponer las doctrinas de la Filosofía y Teología escolásticas": pues bien aprovechados han sido esos decenios, porque el instrumental bibliográfico de esta obra es algo que arredra por la vastedad de sus proporciones. A esta obra habrá de acudir siempre el investigador en rama tan importante de la cultura universal y no es aventurado presumir que de este libro tomará su origen y su impulso un espléndido renacimiento de la Historia de la Teología Católica. No falta en la obra de Grabmann un capítulo, siquiera breve, para la teología en Hispa no-América y el traductor, por indicación del mismo autor, adiciona al final de algunos capítulos, varias notas referentes a España y que completan algunas omisiones. Se trata en suma, de una obra de muy subido valor crítico, de copiosísimo material científico, de clara metodología y que nosotros los españoles con mía tradición de saber teológico "que ni antes ni después ha vuelto a verse en el mundo" —dice el autor—. podemos saludar con emocionada simpatía ya que en la primera Historia de la Teología, su autor extranjero, de preclarísimo renombre, tributa a nuestros maestros el más cumplido y elogioso reconocimiento.

ELADIO ESPARZA.

## El Apocalipsis comentado

Un docto y virtuoso sacerdote en la diócesis de Calahorra ha publicado un libro que entraña singular interés. Aludimos a don Valentín López Laguardia,

párroco arcipreste de Viana, natural de Haro. La obra ostenta el siguiente título: "El Reino de Jesucristo en todos los tiempos. Según las tres profecías del Apocalipsis. Comentario por el Lic. D. Valentín López Laguardia..." Arte Gráfico, Pamplona 1936. Un vol. en 4.<sup>o</sup> de 300 páginas, seis pesetas.

Saludamos con júbilo su aparición, porque las prensas pamplonesas han sido poco fecundas en producciones escriturísticas. Desde el 1934, en que divulgó el P. capuchino Policarpo de Iraizoz "Jesu Kristo Gure Jaunaren bizia... Vida de Nuestro Señor Jesucristo sacada palabra por palabra de los cuatro Evangelios y traducida al vascuence", no había aparecido otra de su especie en el estadio de nuestra tipografía. Resulta además "El Reino de Jesucristo" el único comentario del Apocalipsis que ha visto aquí la luz pública, aunque no dejó de estudiarlo alguno de nuestros exégetas; pues hubo un intérprete navarro, harto desconocido por desgracia en la Literatura eclesiástica, el pontesino D. Francisco de San Juan y Bernedo, que comentó dicho libro en un volumen impreso en Roma el 1701.

Para entrar con buen pie en la materia escribe el esclarecido autor estas palabras: "Es el presente trabajo, cuyo atrevimiento soy el primero en reconocer, fruto devoto del estudio piadoso de toda mi vida sobre esta abrumadora profecía; y que se hubiese quedado en notas y apuntes si la situación del mundo no me impulsara a escribir". Sábese que los intérpretes del Apocalipsis se dividen en tres clases, unos juzgan que la profecía abraza toda la historia de la Iglesia; otros que los sucesos de los primeros siglos, y no pocos que los de los últimos. El preclaro autor milita entre los del primer grupo: "El Apocalipsis contiene tres profecías claramente determinadas, en las cuales se contiene toda la historia del reino de J. C. e Iglesia Católica, Apostólica, Romana, desde la Redención hasta el Juicio final".

Conforme a esta concepción, distribuye su obra en introducción y tres partes proféticas. En la introducción confiesa que de convencido antichiliasta se convirtió en milenarismo moderado o espiritualista. En la primera parte comprende las siete Iglesias apocalípticas, "que son siete épocas"; en la segunda el reino de Cristo y los tres anticristos Mahoma, Enrique VIII y la bestia, y las siete plagas de las trompetas de los ángeles; en la tercera la lucha de los dos misterios: tres bestias, el dragón o Satanás, el Anticristo el pseudo-profeta; tres visiones, el Cordero, tres ángeles y el triunfo de Jesucristo. El último capítulo, XXII, lo intitula: "Conclusión de la profecía y resumen del Comentario". Añade un apéndice: "La segunda venida de Jesucristo Nuestro Señor, según los Evangelistas".

Más que seguir sentencias ajenas y escudriñar teorías de otros autores, razona el señor López Laguardia por su cuenta, estriba en meditaciones propias e infiere deducciones acomodadas a sus principios y conocimientos. Así es que menciona pocos comentaristas antiguos; para él como si no existiesen Beato de Liébana, Ribera, Pereira, Bossuet, Viegas y Alcáraz. También parece desestimar las dificultades y objeciones de los críticos racionalistas, empeñados en minar por su base la Escritura Sagrada. Supone la autenticidad del libro y de sus secciones, y no le importan las disputas del siglo III sobre su origen apostólico, ni las contradicciones que señalan los adversarios entre el cuarto Evangelio y el Apocalipsis, ni la falta de novedad que creen advertir en la composición de la obra, que viene a ser un tejido de las visiones de Daniel y Ezequiel, ni la opinión de que el Apocalipsis no encierra profecías sino conjeturas de acontecimientos que iban luego a ocurrir, sostenida por Pfliegerer, Beyclag, Spitta, Vischer, Renan...-

Fija únicamente su atención en la inteligencia de los períodos, en esclarecer los arcanos y misterios, en explicar las metáforas, en averiguar las enigmáticas figuras y en desenredar el intrincado laberinto de visiones. Viene después de todo a asentar que "nos encontramos en aquel momento en que el Angel reveló a San Juan la próxima condenación de la gran ciudad y de la bestia, y le decía cinco reinos o reyes cayeron, uno es y el otro no ha venido aún, y cuando venga conviene que reine por poco tiempo. Jerusalén fué tomada por el anglicano el 9 de Diciembre de 1917, aunque no sabemos cuántos años haya de dominarla y reinar en ella, sabemos que este es el precursor próximo al reino del Anticristo".

Sobre este método de comentar el libro están muy en su punto las observaciones que monseñor Ernesto Ruffini hace al docto y competente autor, en la carta que encabeza la obra: "He apreciado con íntima complacencia el espíritu de fe y de piedad con que la obra se ha trabajado. En cuanto a la interpretación propuesta no sabría qué decir: por mi parte jamás me ha convencido un tal género de exégesis (que llamaría yo literal) seguido de muchos intérpretes en estos últimos tiempos. Tal exégesis procede por medio de identificaciones más o menos arbitrarias que dejan en el ánimo del lector cierto género de desconfianza. Ni con todas las investigaciones históricas posibles, ni con todas las imaginaciones se llega a encontrar una correspondencia efectiva para cada una de las profecías de aquel misterioso libro. No puedo negar que he encontrado en varias interpretaciones de V. S. ingenio y no poca verosimilitud. Asimismo me agrada el cuidado que ha puesto en traer citas y aclaraciones de las profecías del Antiguo Testamento y de la escatología del Nuevo. Sin embargo, no me parece bien que V. S. haya descuidado por completo los principios críticos, de los que no es conveniente prescindir. Las citas de autores son demasiado pocas, y estas pocas sin especificar. Desde luego le felicito, porque ha hecho del Apocalipsis el objeto de sus estudios".

Coronaremos estas líneas con estas palabras de "La Gaceta del Norte" (21-VIII-1937): "Agreguemos, finalmente, que el volumen está editado con pulcritud y sobria elegancia".

ANTONIO PEREZ GOYENA, S. J.

AMEAL (Joáo) "Joáo de Brito": Herói da Fé e do Império: Edições S. P. N. Lisboa, 94 págs., con una lámina. (Es una exaltación de San Francisco Javier cuya llamada oyó este gran misionero Brito).

AROCENA ARREGUI (Fausto). "Contribución de la Excma. Diputación de Guipúzcoa al IV Centenario de la Fundación de la Compañía de Jesús: Guipúzcoa por San Ignacio". Oficina tipográfica de la Diputación de Guipúzcoa, 1941, 60 páginas.

ARTECHE (José de) "San Ignacio de Loyola: biografía". Prólogo del P. Leturia, S. J. 1941. Librería Herder, Balmes, 22, Barcelona, 332 págs. 9 pesetas.

AYAPE (Fr. Eugenio, de San Agustín A. R.) "Biografía del P. Fabo". 1941. Tip. San Agustín-Manizales, 286 págs.

BRIEFE DES FRANCISCO DE XAVIER 1542-1552. Ausgewählt, übertragen und Kommentiert von

Grafin Elisabeth Vitzhum. Leipzig (Hegner) 1939. En 8.º, de 337 págs.

BURGO (Jaime del) "Veteranos de la Causa" Relatos y Memorias. Prólogo de María Iabel Baleztena. 1.ª edición. Editorial Española. Padre Larroca, 9, San Sebastián. 1939, Año de la Victoria. 203 págs. con grabados. Precio 6 ptas.

CAMON (José) "Notas de escultura española". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. Universidad de Valladolid*, fasc. XXV a XXVII, pág. 80.

Cita dos esculturas, que atribuye a Ancheta, y que están en la iglesia de San Pablo de Zaragoza. Representan dos Apóstoles, uno do ellos San Juan. Sabemos que este escultor trabajó en Zaragoza, pu s hizo una estatua de San Jorge para la Diputación, que no se conserva, y el magnífico retablo de San Miguel, en la capilla Zaporta de La Seo. En las esculturas de la iglesia de San Pablo se admiran todas las cualidades típicas de Ancheta,

CASINI (Tito) San Francesco Javiero. Firenze (Librería Editrice Fiorentina) 1940. En 8.º, de 320 págs.

CASTRO (José Ramón). Descripción jocosa de la villa de Uclés (por Juan A. Fernández). *Correo Erudito*, año II, entrega II, pág. 17.

CHAUNCEY ROSS (Marvin) "Cloisonné enamels in Aragón and Navarre". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. Universidad de Valladolid*. fase. XXV a XXVII. pág. 97.

Se ocupa del Evargeliario de la reina Felicia, que se conserva en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, y del frontal que para Santa María la Real de Nájera mandó construir el rey D. García el de Nájera y fué terminado por su hijo Sancho el de Peñalén. Este según la descripción del P. Yepes tenía "veintitrés esmaltes grandes".

ERB (Alfonso) Franziskus Xave-

rius, Botschafer Christi un Fernan Osten. Berlín (Salvator-Verlag), 1940. En 8º de 82 págs.

ESPARZA (Eladio). "Nuestro Francisco Javier". Ediciones Leyre: Aramburu-Pamplona, 1941. 233 págs. con grabados y un gráfico. 7 ptas.

LANTIER (Raymond), "Celtas e Iberos. Contribución al estudio de la relación de sus culturas". *Archivo Español de Arqueología*, 1941, núm. 42, pág. 141-151.

Interesante para reconstituir la etnografía de ambas vertientes del Pirineo, entre los siglos IX y I antes de Jesucristo.

LOPEZ ORTIZ (P. José) "Un canonista español del siglo XVI. el Doctor Navarro, don Martín de Azpilcueta". *La Ciudad de Dios*, 1941, núm. 2, págs. 271-301.

MAYNAR (Teodoro) Franciscus Xaverius. onder de banier van Christus. Nederlands van Henri Bruning. Utrecht (het Spectrum), 1941. En 8.º de 264 págs.

MUGUETA (Dr. Juan) "La Hora Apocalíptica y el Año Santo". Sombras y Resplandores. 1.ª edición. Buenos Aires. Imprenta López. Perú 166. 1933. 235 págs. Precio \$ 2.

PAMPLONA (Fr. Miguel de) "A uno de tantos": Cartas Apologéticas. I.ª serie. Pamplona. Imprenta de los RR. PP. Capucinos, 1931, 235 págs.

SAMBRICIO (Valentín de) "En torno al "Divino Morales". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. Universidad de Valladolid*. fasc. XXV a XXVII, pág. 131.

Cita la Sagrada Familia de Roncesvalles, "variante o réplica de la de Salamanca, en las que se patentiza el influjo de Bernardo LUI i, posiblemente a través del cuadro del Museo del Prado "La Sagrada Familia", se-

ñalándose la procedencia, como el del grupo del Piombo, del Escorial. Las analogías citadas se muestran en el grupo que forman los dos Santos Niños, en la que sin llegar a reproducir exactamente el grupo del Prado, se inspiran evidentemente en él".

SOLANES (Felipe) S. J. "San Francisco Javier apóstol del Oriente". Barcelona (Editorial Castalia) 1940. En 8.º de 64 págs.

TARACEN A. (B.) "La antigua población de la Rioja". *Archivo Español de Arqueología*, 1941, núm. 42, pág. 157-176.

Estudia el complejo étnico de la Rioja antes de la conquista romana: berones, pelendores y vascones. De estos últimos era Calahorra. Señala el carácter de los vascones según los autores clásicos: acometividad, fidelidad y superstición.

TONI (Teodoro) "Don Rodrigo Sánchez de Arévalo" 1404-1470. Su personalidad y actividades. El Tratado "De pace et bello" (Del Anuario d Historia del Derecho Español). Ma-

drid. Tipografía de Archivos. Olóza-ga, I. 1935. 268 págs.

VAZQUEZ DE PARGA (L.) "La historia de Job en un capitel románico de la catedral de Pamplona". *Archivo Español de Arte*, 1941, núm. 46, págs. 410.

Identifica todas las escenas de la historia de Job en uso de los capiteles de la catedral románica de Pamplona. Es una esce: a muy rara vez tratada por los artistas románicos. En la iconografía española parece ejemplo único. En Francia se señala en uno de los capiteles que, procedentes del priorato de la Daurade, guarda el Museo *des Augustins* en Toulouse.

ZUBELDIA Y DE INDA (Néstor de) Canónigo Archivero de la Catedral de Pamplona. "La sensibilidad y la razón": estudio analítico y solución de los problemas del conocimiento: Tratado filosófico de Crítica. San Sebastián. Imprenta y Librería de Ricardo de Leizaola. 1935. 442-X págs. 12 ptas.

